

## Los latinistas mexicanos del siglo XVIII

Arnold L. Kerson

Trinity College, Hartford, Connecticut

Es mi plan aquí trazar a grandes rasgos la aportación a la latinidad de las tres figuras más destacadas del humanismo mexicano del siglo XVIII, Francisco Javier Alegre, Rafael Landívar y Diego José Abad. Y por creer que me ayudará en mi empeño, voy a comenzar dedicando unas breves consideraciones, a modo de preliminares, a los fundamentos y trayectoria del humanismo en la Nueva España, humanismo del que nuestros tres autores son sazonado fruto.

Con el establecimiento de colegios y universidades poco después de la Conquista, el latín y el humanismo se arraigaron en la Nueva España. Muchos de los primeros profesores de México tuvieron contacto directo con el Renacimiento español. El latín, como instrumento de la tradición grecolatina, era esencial, y así se explica el intenso interés que en el estudio de dicha lengua ponían clero, historiadores, literatos, oficiales de gobierno, y aun hombres de armas. Hernán Cortés, sin haber tenido una formación cultural extraordinaria, adorna sus *Cartas de relación* con expresiones latinas, y Bernal Díaz del Castillo nos dice que el Conquistador de México era capaz de hablar en latín. La lengua latina era un instrumento básico del humanismo colonial, y representa una de las más hondas raíces de la cultura mexicana.

El Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, cuya fundación en 1536 se debió a los esfuerzos de Fray Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México, y del Virrey don Antonio de Mendoza, fue el primer colegio en América en que se enseñó el latín a los indios. Entre su profesorado encontramos al humanista Fray Pedro de Gante, fundador de la enseñanza de artes y oficios en América, y al cronista Fray Bernardino de Sahagún, autor de la *Historia general de las cosas de la Nueva España*. La creación en 1574 del prestigioso Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo representó un paso definitivo en el proceso del humanismo en México. Con el nombramiento del Padre Vicencio Lanuchi como vicerrector de dicho colegio, aumentó su reputación y su eficiencia de modo que los estudiantes fueron pronto capaces de componer en latín poesías y oraciones o discursos, y de representar en esa lengua obras dramáticas. Refiriéndose al año 1575, en su *Historia de la Compañía de Jesús*, hace Alegre este elogioso comentario del estudio del latín en el Colegio Máximo: "Los niños de doce y catorce años componían y recitaban en público piezas latinas de muy bello gusto, en prosa y en verso, no sin gran consuelo de sus padres que confirmaban más cada día el pensamiento de que amanece y madura mucho más temprano la razón a los ingenios de América" (Alegre 1956, I: 186).

Mucho ayudó a levantar el prestigio del latín en México el discurso que en dicha lengua pronunció en 1553 el humanista Francisco Cervantes de Salazar en la in-

auguración de un programa de estudios de la Real Universidad, discurso muy aplaudido por su brillantez y que estableció precedente. No tardó en producirse una incontrolada proliferación de discursos en latín, no todos tan "brillantes" como el de Cervantes de Salazar. Muchos de ellos estaban tan lejos de aquel modelo, que por su abundancia y adocenamiento justificaron la frase de *echar el quamquam*, en el sentido de soltar en latín un discurso más o menos aburrido y rutinario.

El latín fue prácticamente la lengua oficial de la Universidad colonial como lo era de las universidades españolas y europeas de su época. Los estudiantes leían, tomaban apuntes, escribían sus exámenes y representaban obras dramáticas en latín, y los profesores les animaban a conversar en esa lengua dentro y fuera de la Universidad. La competencia en el uso del latín era un procedimiento establecido, y su dominio en el escribir y en el conversar constituía motivo de orgullo. Tanto se extremó esta tendencia que dio lugar a anécdotas burlescas, como la del estudiante que, de vuelta en su casa para pasar las vacaciones, intentó impresionar a sus padres, dirigiéndose al perro de la familia con estos versos macarrónicos: "Perritiquis miquis, no me conociorum? / Ego sum amicus, el estudiantorum."

El cultivo de las humanidades por los jesuitas de la Nueva España es uno de los factores que más contribuyen a la continuidad cultural de los siglos XVI y XVII; y el carácter internacional de la Orden y su interés por ponerse al corriente de las innovaciones filosóficas de la época son responsables en buena parte de la introducción de las nuevas ideas en Hispanoamérica. Entre los humanistas latinistas mexicanos más destacados figuran Francisco Javier Alegre, Rafael Landívar, Diego José Abad, Agustín Pablo de Castro, Juan Luis Maneiro y José Rafael Campoy. Alegre (1729–1788) estudió las primeras letras y comenzó el aprendizaje del latín en una escuela pública de Veracruz. En 1747 ingresó en la Compañía de Jesús, en Tepotzotlán, donde permaneció cuatro años, dos de noviciado y otros dos estudiando historia eclesiástica, a la vez que perfeccionaba sus conocimientos en latín y castellano, y aprendía el estudio del griego, del hebreo y del italiano. Cuenta su biógrafo, Manuel Fabri, que leía a los autores clásicos día y noche. "De ahí – dice – adquirió una tan admirable facilidad de expresión, que en todo lo que redactaba, ya en verso, ya en prosa, no parecía que hablara con sus propias palabras, estilo y formas, sino con las mismas de Virgilio o de Cicerón" (1956: 218–219).

Desde 1767 hasta su muerte en 1788, Alegre, establecido en Bolonia a consecuencia del exilio de los jesuitas de los dominios españoles por decreto de Carlos III, se dedicó con su acostumbrado ahínco al estudio, a la enseñanza, y a la redacción de sus obras filosóficas y literarias, especialmente a la composición de sus *Instituciones teológicas* (1789–91).

Las *Instituciones teológicas*, un intenso y extenso estudio en siete volúmenes, es la obra magna de Alegre, la que más tiempo y más esfuerzo le costó, y la que él consideró más sustancial y más digna de su atención y de su interés. Considerada en términos generales, es merecido el juicio que de ella forma Marcelino Menéndez y Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas en España*, donde la elogia por la solidez de su doctrina y la pureza clásica de su latinidad (1962, III: 306). Juzgada por su contenido hay que distinguir en ella dos aspectos: su objeto fundamental, que es la expan-

sión sistemática del conjunto de la ciencia teológica, y los puntos circunstanciales y complementarios, sobre una gran diversidad de temas, más adecuados para la libre expansión de su genio. Como obra estrictamente teológica, pese a las alabanzas que los peritos en la materia le dedican por su solidez y su organización, será siempre cierto que en su exposición el autor se ve inevitablemente constringido por tres limitaciones: la dogmática, la del modelo que tomó por base y por guía, Santo Tomás de Aquino en su *Suma teológica*, y el tratamiento escolástico de la materia, que poco margen le dejaba para nada nuevo que añadir a lo tantas veces dicho y repetido sobre las mismas cuestiones y bajo el mismo sistema, desde Santo Tomás hasta la fecha; por otra parte el tema puramente teológico no era ya, a fines del XVIII, la materia de actualidad y de general interés que había sido en los dos siglos anteriores. La teología iba quedando confinada a los círculos eclesiásticos, y otros temas, candentes, del día, filosóficos, políticos y sociales, monopolizaban la pública opinión. Comienza a despertar esta obra el interés de los lectores cuando el autor se enfrenta en la exposición de su tesis, porque quiere enfrentarse o porque a ello se ve forzado, con las doctrinas filosóficas contemporáneas, que ignoraban el dogma o lo combatían. Alegre, como sincero creyente que era, pone siempre a salvo en estas cosas su ortodoxia, pero dejando manifiesto que conocía bien a los autores de la acera de enfrente y que los estimaba y respetaba, más que de ellos difiriese, y esto se aprecia en sus referencias a pensadores tan apartados de sus ideas como Voltaire, Hobbes, Calvino y Leibniz.

Alegre nos dejó varias composiciones cortas en latín, algunas traducciones de Virgilio y de Horacio, y dos poemas extensos en latín, la *Alejandrodrada*, y una traducción de la *Iliada* de Homero. La *Alejandrodrada* es un poema épico sobre el sitio de Tiro por Alejandro, asunto tomado por Alegre de Diodoro Sículo, Arriano y Quinto Curcio. El poema de Alegre va precedido de un prólogo en el que expone teorías poéticas neoclásicas, y culmina en una batalla naval en la que intervienen mezclados los hombres y los dioses. La originalidad de Alegre consiste en haber convertido la historia en un drama animado y pintoresco.

Indignado Alegre por el desprecio con que hablaban los humanistas italianos de la capacidad de los españoles para escribir en latín, quiso refutarlos con el ejemplo, y a este objeto se decidió a poner en latín la *Iliada* de Homero. Alabaron mucho los latinistas esta traducción, que por motivo de su técnica fue considerada como el mejor poema largo en latín de gusto clásico, escrito por un americano.

La *Rusticatio mexicana*, del humanista guatemalteco, Rafael Landívar (1731-93), que por su formación intelectual y obra literaria también pertenece a México, es hoy considerada por muchos críticos como el poema descriptivo más importante de la literatura hispanoamericana del siglo XVIII, en latín y castellano, fue casi totalmente desconocida en Europa y América hasta 1924, cuando salieron dos traducciones castellanas, una en prosa, *Rusticación mexicana*, de Ignacio Loureda (1924), y otra en verso, *Geórgicas mexicanas*, del padre Federico Escobedo (1924). Desde entonces se han hecho dos traducciones más: la española de Octaviano Valdés, *Por los campos de México* (1965), que es la traducción más fiel de las españolas, y una en inglés, *Mexican Country Scenes*, hecha por Graydon Regenos (1948, I).

Se ha formulado varias veces la pregunta "¿por qué escribió Landívar la *Rusticatio Mexicana* en latín?" Supone Luis Beltranena que Landívar escribió en latín para demostrar su resentimiento contra el espíritu racionalista de aquel tiempo, anticristiano y dominado por los filósofos franceses, y que, en consecuencia, rechazó con esa reacción toda la literatura escrita por entonces en lenguas romances. Esta teoría carece en absoluto de base, entre otras razones porque Landívar participaba, en cuanto su fe religiosa se lo permitía, de este espíritu racionalista, que en ciertos aspectos deja traslucir en su poema. La verdadera explicación la apunta el padre Félix Sebastián, compañero y biógrafo de Landívar, donde dice: "Por divertir algún tanto el ánimo, escribió en verso Latino, en que tenía mucha facilidad, una Obra, que dio a la Imprenta con el título de *Rusticatio mexicana, seu rariora quaedam ex agris Mexicanis decerpta*, Obra que ha sido muy apreciada de los Eruditos de Italia, cuyos Analistas le han tributado las alabanzas de que es merecedor el dicho trabajo, único en su línea. Este estudio le ocupaba poco tiempo, pues lo tomaba por evagar el ánimo, llevándole siempre su atención, y su cuidado, el de la Sagrada Escritura, Theología y Ascética" (Sebastián 1950). Hay que tener en cuenta además la larga tradición de los jesuitas, sobre todo en Italia, de usar el latín no sólo en la literatura didáctica sino también en otros géneros más poéticos. Entre muchos ejemplos de autores italianos que escribieron en latín sobre poesía didáctica en general y sobre la referente al campo en particular pueden mencionarse el *Rusticus* (1483) de Poliziano, poeta y humanista, compuesto para ser recitado como introducción a sus conferencias sobre Hesíodo y Virgilio; *De hortis Hesperidum* (1505) de Giovanni Pontano, también humanista, sobre el cultivo de la naranja, el limón y la sidra; *De bombycum cura et usu* (1527), de Girolamo Vida; y el *Syphilis*, del médico veronés, Girolamo Fracastoro, publicado en 1550.

Los antecedentes más directos de la *Rusticatio mexicana*, después de las *Geórgicas* de Virgilio, son el *Hortorum libri IV* (1665) de René Rapin, jesuita francés, que se considera el poema geórgico más importante del siglo XVII, y el *Praedium Rusticum*, del jesuita francés Jacques Vanière, de 1707. Las *Geórgicas* del "divino" Virgilio eran consideradas como el poema más perfecto de ese género, del tenido por mejor poeta de todos los tiempos. Un cotejo detenido revela que, aparte de haber en el *Rusticatio* muchos ejemplos de directa imitación lingüística de las *Geórgicas* de Virgilio, el poema guatemalteco es muy virgiliano en espíritu, como se refleja, por ejemplo, en el amor profundo a la patria, a la tierra, a la naturaleza, en los anhelos de amor fraterno y de paz y armonía social, en la admiración por el trabajo, y en el profundo sentido ético de la vida. No obstante, uno de los méritos que más se destacan en las *Geórgicas* de Virgilio, su perfección formal, no logra las deseables proporciones en la obra de Landívar. En ésta, además, no cohesiona su contenido la ley de unidad que rige el modelo clásico. Landívar combina lo propiamente agrícola con cuanto digno de valor es capaz de captar sobre el campo mexicano, su geografía, su vegetación natural, su población animal, la riqueza del subsuelo, la elaboración industrial de productos vegetales y minerales, y hasta los juegos populares del país. Describe los lagos, los ríos, las cataratas, las aves, las fieras, el ganado doméstico, la fabricación del índigo, o añil, y del azúcar, la explotación de las minas de oro y plata, en resumen todo cuanto se

puede apreciar como eficiente respuesta a los denigradores de las tierras de América; y ésta se podría decir que es la ley íntima de unidad de su poema.

Nuestro tercer humanista, Diego José Abad (1727-1779), figura con Alegre y Landívar, entre los mejores latinistas de la Nueva España en el siglo XVIII. Merece ser estudiado con interés y simpatía, entre otras cosas, por sus poesías latinas, que le aseguraron un puesto de distinción en el ocaso de este género de literatura. Queremos mencionar su *Dissertatio ludicro-seria*, un ensayo satírico-burlesco de unas treinta páginas, que se integra por su tema y carácter en la floreciente literatura polémica del siglo XVIII. Publicada en 1778, está escrita la *Dissertatio* en latín con riqueza de vocabulario y facilidad y elegancia de estilo que acredita la calidad de buen humanista que al autor se le reconoce; y es, aunque ligera y breve, una delicada y graciosa aportación a la notable labor literaria de los jesuitas españoles e hispanoamericanos desterrados a Italia. El propósito de la obra es refutar la opinión que expresa Giovanni Battista Roberti, ensayista y poeta jesuita, sobre el uso del latín por los no italianos, y hacer la refutación mediante una sátira burlesca. Se trata, a la verdad, de una polémica pública sobre el uso del latín por aquellos nacidos fuera de Italia entre dos miembros de la Orden de jesuitas, italiano el uno e hispano-mexicano el otro.

La obra más importante del padre Abad es el poema descriptivo, *De Deo, Deoque Homine Heroica*, cuya edición definitiva es la de Cesena, 1780, de cuarenta y tres cantos. El poema *De Deo* tiene una meta punto menos que inasequible, erizada de dificultades que le hubieran hecho a Abad renunciar a su empresa si hubiera pensado en ellas, pero afortunadamente para las letras no las previó. El poeta da la impresión de haber comenzado con una vaga idea de cantar la grandeza de Dios, que se fue concretando en un trazado lógico, que pocos hubieran tenido la audacia de desenvolver, y cuya idea general está sintetizada en el título definitivo, *De Deo*, acerca de Dios como Ser espiritual supremo, principio y fin de todo lo existente, y *Deoque Homine*, acerca de Dios hecho hombre, es decir, la vida de Jesús, Dios humanizado, con todo el alcance, casi sin límites, de la combinación de su doble naturaleza. Así resulta el poema dividido en dos partes; la primera sobre Dios en general, que encierra la materia teológica; la segunda, la historia del Dios-Hombre, de Jesucristo, que abarca el Nuevo Testamento con sus inmensas derivaciones. Y como si fueran insuficientes estas infinitas perspectivas, Abad, que además de teólogo y de hombre de viva piedad religiosa, era literato, poeta y hombre de ciencia, trató – y hay que anticipar que con verdadero éxito – de ver a Dios, espiritual Divinidad, y al Dios-Hombre, no en abstractas elucubraciones, sino en la complejidad del mundo que con su omnipotencia crearon. Y esta complejidad Abad la refleja en la proyección que de la naturaleza hace en su ambicioso plan, en la más amplia concepción que de ella puede formarse. Se le ve divagar sobre todas las cosas, sobre la ciencia, sobre las letras, sobre aspectos del arte, sobre la historia, sobre la patria, sobre las ideas, sobre los amigos y sobre los enemigos de Dios, sobre el bien y el mal, sobre virtudes y vicios, y descender corrientemente de lo más sublime a lo más humilde, del Dios creador al insignificante mosquito, criatura también del Señor que como tal el poeta mira y admira em-

belesado. La enumeración de todos los puntos y temas que toca y desenvuelve ocuparía muchas páginas.

Gracias a la edición bilingüe moderna del *De Deo*, de Benjamín Fernández Valenzuela (1974), este poema ha dejado de ser una pieza de museo, y es actualmente asequible tanto al público general de lectores como a los estudiosos de la literatura. Hasta 1974, fecha de la publicación de la edición de Fernández Valenzuela, había que recurrir a las ediciones latinas del siglo XVIII, o a las traducciones imperfectas de los siglos XVIII y XIX, todas escasísimas. El interés en Abad en los últimos años ha aumentado notablemente, y es de esperar que el interés en la historia intelectual y literaria de México y una renovada actividad internacional en el campo de los estudios neolatinos resulten en nuevas investigaciones y estudios no sólo en torno al padre Abad, sino también en torno al latín en México.

## BIBLIOGRAFIA

Alegre, Francisco Javier

1956 *Historia de la Compañía de Jesús*. Ed. Ernest J. Burrus y Félix Zubillaga, Roma.

Escobedo, Federico

1924 *Geórgicas mexicanas*. México.

Fabri, Manuel

1956 "Vida de Alegre". Trad. Bernabé Navarro. En *Vidas de mexicanos ilustres*, México.

Fernández Valenzuela, Benjamín (ed.)

1974 *De Deo*. Ed. bilingüe, México.

*Institutionum...*

1789-91 *Institutionum theologicanum, libri IV*, 7 vols., Venecia.

Loureda, Ignacio

1924 *Rusticación mexicana*. México.

Menéndez y Pelayo, Marcelino

1962 *Historia de las ideas estéticas en España*. Madrid.

Regenos, Graydon

1948 "Mexican Country Scenes". En *Philological and Documentary Studies*, vol. I: 89-105. Nueva Orleans: Tulane University (Middle American Research Institute).

Sebastián, Félix

1950 "El padre Rafael Landívar". En *Estudios Centroamericanos*, 5: 30.

Valdés, Octaviano

1965 *Por los campos de México*. 2ª ed., primera bilingüe, México (1ª ed., México 1942).